

Angel J. Cappelletti, Cuatro filósofos de la Alta Edad Media. Mérida, Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes.

El filósofo Angel J. Cappelletti, especialista en el pensamiento político moderno y contemporáneo, la filosofía antigua y la filosofía medieval, vuelve a demostrar la inconmensurable amplitud e insondeable profundidad de sus conocimientos filosóficos y, en particular, del pensamiento medieval.

Como lo indica el título del libro, en él el profesor Cappelletti nos presenta estudios sobre cuatro filósofos de distintas tendencias que florecieron durante la Alta Edad Media: Fredegiso de Tours, representante de lo que el profesor Cappelletti identifica como «racionalismo ingenuo»; Pedro Damiano, adherente de lo que el autor denomina «antirracionalismo y fideísmo»; Abelardo, ideólogo del «logicismo», e Isaac de Stella, quien intentó «sintetizar razón filosófica y experiencia mística».

Fredegiso de Tours, discípulo de Alcuino —el maestro que ayudó a desarrollar el método expositivo y didáctico de la escolástica— en York, se fue con éste a la Schola Palatina de Carlomagno. El profesor Cappelletti nos dice que el valor doctrinal de la única obra de Fredegiso que se conserva —*De nihilo et tenebris*— es muy escaso si se lo compara con la obra casi contemporánea de Escoto Erígena. Sin embargo, para nuestro autor representa más típicamente que ningún otro escrito de la época las exigencias mentales de los pueblos germánicos con respecto a problemática y método en filosofía y teología. Su solución con respecto al problema de la nada (y por extensión de los universales) puede ser considerada como un ultrarrealismo ingenuo que confunde el plano lógico con el ontológico (aunque en un nivel distinto de aquél en que lo haría más tarde Hegel, al identificar el ser con la nada y lo lógico con lo ontológico).¹ El lenguaje implica que la nada es, y por lo tanto debe ser alguna cosa. Así, Fredegiso va más allá que el «Sofista Ateniese», también de la corte de Carlomagno —quien afirmó que la muerte, siendo la vida eterna premio de la vida, no podía ser mera privación— y «realiza» (o sea, atribuye realidad) a la nada. Es la mentalidad «bárbara» para la cual los contratos establecen sobre todo y ante todo lo que indica su expresión literal, mientras que la intención cuenta relativamente poco. Se da gran valor a la palabra, pero no debido a un criticismo muy acuciado como fue el caso con los nominalistas (Ockham, por ejemplo), sino por todo lo contrario: la nada es un término finito que implica una realidad (la suya propia) y no un término infinito (pasando por alto que por su significado —ya que no por su estructura— nihil=non aliquid). Fredegiso nos dice, en efecto: «Toda significación es lo que es. Pero, *nada* significa algo. Por tanto, *nada* es lo que es su significación, es decir, una cosa existente» Se ha retornado a la unidimensionalidad ingenua de los términos, relegando los descubrimientos de los estoicos. La nada tiene un nombre porque Dios se lo impuso, y Dios no impone nombres a lo que no existe. Aún más, en la Escritura dice que Dios hizo el mundo de la nada, lo cual hace de la nada un algo muy importante. Puesto que el mundo es luminoso, la nada es oscura y tenebrosa. Las tinieblas existen tan positivamente como la nada, tienen todas las propiedades de los cuerpos (ocupan lugar, tienen extensión, etc.) y, para probarlo, recurre a la Escritura (Dios envolvió a Egipto en tinieblas tan espesas que podían sepalpadar). El profesor Cappelletti concluye con una crítica del uso por Fredegiso de la disposición esquemática de los silogismos y la geométrica división de las pruebas para dar mayor fuerza a sus argumentos.

¹Hace lo mismo que.

Pedro Damiano surge con el renacer, a comienzos del siglo X, de la inquietud intelectual y del interés en las artes liberales, como el paladín de una cruzada fideísta en contra de los dialécticos racionalistas. Gerardo de Czanad, Otloh, Manegoldo de Lautenbach y, sobre todo, Pedro Damiano (a quien manegoldo sigue y comenta), son los representantes principales de esta tendencia. Damiano nació en Ravenna en el 1007, estudió las artes liberales en Parma y fue discípulo de Ives de Chartres, «a quien haría luego objeto de sus más duros ataques». Es probable, pues —nos dice el profesor Cappelletti—, que haya emprendido un viaje de estudios a Francia. Su fama de erudito le ganó muchos alumnos y una considerable fortuna, a la que probablemente contribuyó también su práctica de la abogacía en Ravenna. En 1038 abandonó el mundo para entrar en el monasterio de Fonte Avellana. El profesor Cappelletti revela a la vez su rechazo de todo poder de unos seres humanos sobre otros (tanto en lo político como en lo religioso) y su acostumbrada ironía al decirnos que «a su fervor ascético (Pedro Damiano) unió... una nada tibia devoción por las dos espadas. Y si por una parte fue leal servidor de los Papas León IX, Esteban IX y Alejandro II, y gozó de especial consideración en la corte de Nicolás II, por otra se mostró siempre súbdito fiel de los emperadores germánicos, mantuvo con ellos cordiales relaciones y llegó a ser confesor de la emperatriz Inés». En 1058 Esteban IX lo hizo cardenal y obispo de Ostia. El profesor Cappelletti nos dice que Damiano «menospreciaba la naturaleza humana en la medida en que exaltaba lo sobrenatural. Y si por un lado oponía el ascetismo al goce de los sentidos y la vida monástica al disfrute del mundo, por otro, contraponía la fe a la razón y la revelación a la filosofía». Sin embargo, no oponía el Papado y el Imperio, pues creía firmemente en la necesidad de la autoridad representada por ambos: la Iglesia debía gobernar el alma de los humanos; el Estado debía gobernar su cuerpo. El objeto de ambas es lograr la felicidad del género humano. En sus ataques contra la filosofía y contra la retórica y otras artes liberales, utiliza con cierta habilidad los recursos de la retórica. Pero existía para él una antítesis fundamental entre sabiduría espiritual y sabiduría terrena: la primera es recurso de salvación y remedio de las pasiones; la segunda, raíz de soberbia y arma de condenación eterna. Ciencia y vicios aparecen hermanados en su origen diabólico: «el que se aprontaba a introducir la multitud de los vicios, puso el deseo de la ciencia como jefe de ejército, y así volcó sobre este desdichado mundo todas las variedades de las iniquidades». Permitir los estudios profanos a quienes, como monjes, han hecho profesión de consagrarse a Dios, sería como si una esposa concediera a su marido el derecho de acostarse con la cierva para engendrar hijos de ella. El profesor Cappelletti nos recuerda una vez más que para la tradición judeocristiana lo que la religión considera malo es malo porque Dios lo decidió así, y si ahora decidiera que lo que hasta este momento ha sido considerado malo por la religión en adelante va a ser bueno, desde entonces será bueno hacer lo malo y malo hacer lo bueno. Así, el autor contrapone la cosmovisión de los griegos a la de los cristianos, que lleva a la cosmovisión de Damiano —y, por lo tanto, a caer en la contradicción señalada por Aristóteles: «Si se ha de filosofar se ha de filosofar; si no se ha de filosofar, se ha de filosofar, a saber, para demostrar que no se ha de filosofar. siempre, pues, se ha de filosofar». Dios es el dictador que no sólo dicta a su antojo la Ley, sino que incluso crea a su antojo a quienes han de obedecerla. El no está limitado —como afirmarán luego Leibniz y Spinoza— por las llamadas «verdades eternas»; por el contrario, El hace las verdades y decide qué será verdad y qué mentira. En verdad, Dios todo lo puede, tanto lo que hace como lo que no hace. Pero entonces, Dios debe poder hacer el mal. Y esto es algo que Damiano no puede aceptar, aunque con ello se contradiga. A fin de salvar la contradicción, nos dice que Dios

no sabe ni puede hacer mal alguno simplemente porque no lo desea: de nuevo, recurre al voluntarismo absoluto judeocristiano, pero ello no oblitera la contradicción en la que ha caído. Si Dios no puede querer el mal, está limitado y no es absolutamente libre, lo cual contradice el voluntarismo absoluto. La única respuesta posible es: por el solo hecho de que Dios haga algo, ello es bueno. Pero, pregunta Cappelletti, ¿es ello bueno porque El lo hace, o lo hace El porque es bueno? Y concluye que sólo lo primero puede ajustarse al resto de su filosofía.